

á las gentes desde el principio. Apretaremos el freno poco á poco. Con esto Emilio se resignó, y el día de la llegada del inspector sólo pudo presentarle veinticuatro alumnos de los setenta y cuatro; como las avanzadas de una compañía de soldados después de una marcha desastrosa.

El inspector no era el que se esperaba de Turín, que se había indispuerto de repente, sino uno de otro distrito, á quien el provisor había encargado de terminar á la ligera la visita hecha á medias por el otro. Llegó á pie, acompañado por dos maestros del valle, que le llevaban, uno, la maleta, y otro, el gabán de abrigo, y por los cuales se supo inmediatamente que el inspector los había hecho que le convidaran á beber en las «Casas rojas». No bien estuvo en la posada, los maestros le dejaron, y fué á saludarlo el alcalde en compañía del delegado. Visitó primeramente la escuela de la señora Pezza y la del señor Calvi, y después la de Emilio. Era una figura extraña y agradable. Tenía ese aspecto de oso polar que prestan al hombre los cabellos blancos erizados y los ojos sanguíneos; pero era un oso que reía cordialmente, enseñando negros residuos de una dentadura de masticador de tabaco. Envuelto en un sobretodo muy corto, con un sombrero que se le tenía difícilmente en la cabeza y una cartera grande de hule debajo del brazo, podía pasar por un vendedor ambulante de estampas.

La visita á la clase de Emilio fué rápida y alegre. Se curó, muy principalmente, del aspecto de los alumnos. Enfrente del primero á quien se preguntó, dijo:

—¡Oh, qué hermosas facciones!

Y en seguida:

—Pregunte usted algo á ese tunantuelo de allá, con ese par de faroles en la cabeza; ese debe de tener talento. Y este otro, eh, ¿de dónde ha tomado usted esos colores de leche y rosa? ¿Diga usted? Este debe de encaramarse en los árboles como una mona; miren ustedes qué zarpas. Es curioso, dijo después, que no hay una sola nariz aguilena en toda la clase. Sería cosa de estudiar esto.

Pero en las contadas preguntas que hizo y en las observaciones que le sugerían las respuestas, demos-

tró agudeza y sentido común. Quedó satisfecho. Distribuyó mucho «bien» entre el maestro, el alcalde, el delegado, los alumnos, y aún muchos «bienes» sin determinado destino, y que lanzaba acá y acullá, andando continuamente por la escuela como si tuviese azogue. Por último, dirigió un discursito á los escolares, demostrando la necesidad del estudio con un argumento nuevo, expuesto de una manera que llamó la atención del maestro.

—.....«Procurad después no olvidar lo aprendido, porque si lo olvidáis, ¿qué os sucederá cuando seáis grandes y vayáis á ser sôldados? Que tendréis que comenzar otra vez el silabario en una edad en que es mucho más difícil aprender, y correréis el riesgo de que el tiempo de licenciarnos llegue cuando sepáis leer á medias. Ya sabéis lo que dispone la ley ahora: el que sabe leer y escribir, obtiene su licencia; el que no sabe, continúa sirviendo hasta que aprenda; así, á vosotros os tocaría el ver marcharse á vuestros compañeros contentos y libres, y quedar allí prisioneros, sudando todo el día la gota gorda bajo la férula del cabo, y oiros llamar á cada momento alcornoques y burros.»

El argumento impresionó, al parecer, á los alumnos; pero á Emilio le ocurrió que no debía de infundir en ellos gran deseo de vestir el «honroso uniforme».

Al salir, el inspector invitó al joven para que le acompañase á las otras visitas, diciendo que necesitaba hacerle tomar alguna apuntación, y que, por aquel día, diese vacaciones.

Cuando estuvieron en la calle, unióse á ellos el superintendente, á quien el delegado no saludó. Encontraron después al secretario, y el inspector quiso que también él les acompañase. Este inspector quería llevar consigo cuanta gente podía, no por darse importancia, sino para alegrar el acto, para dar á la visita de inspección el aspecto de una correría de amigos. Y á cada momento exclamaba, mirando á todas partes:

—¡Oh, qué hermosos montes! ¡Qué sitios tan deliciosos!

Y elogiaba el aspecto de los habitantes, la pureza del aire, la salubridad de las aguas.

Todos juntos se dirigieron, atravesando el pueblo, á la escuela de la señora Falbrizio; el famoso pleito estaba próximo á su terminación.

Entraron uno en pos de otro, silenciosamente, como patrulla de polizontes en casa sospechosa. Primeramente el inspector levantó los ojos al techo, que casi podía tocarse con la mano. Después miró á las paredes ennegrecidas de humo.

El alcalde dijo inmediatamente:

—Ya he dado la orden de enjalbegar.

El inspector señaló un cristal que faltaba.

—Será puesto—se apresuró á decir el alcalde.

Y como advirtiese que el inspector tocaba con el pie una baldosa movida del piso, siguió diciendo:

—No comprendo; ayer debieron venir á componerlo.

De treinta matriculadas, no había en la escuela más que siete niñas, colocadas todas en los dos primeros bancos. El inspector pidió cuenta de las que faltaban. Preguntó después á la maestra si había estado enferma. Lo había estado, efectivamente, una semana; no había podido dejar el lecho hasta el día anterior, y por esto el señor inspector debería ser indulgente si hallaba á las niñas algo atrasadas. Mientras la señora Falbrizio decía eso, el alcalde miraba á las musarañas.

En aquel momento llegaron dos concejales, á quienes el alcalde había mandado llamar para hacer más solemne el juicio; uno de ellos era el licorista asesor, que se vanagloriaba de parecerse á Víctor Manuel. Toda la comitiva, para no producir confusión, se formó frente á los bancos. Eran ocho hombrones que contaban entre todos cuatrocientos años, delante de siete niñas de un metro de estatura; con ellas formaban aquéllos un cuadro que habría podido intitularse: «La infancia oprimida por la instrucción pública». Solamente una niña, la más pequeña de todas, una linda muñeca de pelos rojos, miraba fijamente á todos aquellos personajes con una carita burlona que daba gusto. Las demás temblaban.

El inspector dirigió algunas preguntas á la maestra.

que le respondió en italiano con cautela, articulando las palabras con lentitud y mirando al alcalde á cada frase, porque comprendía perfectamente que hasta su italiano sería puesto en la balanza.

Después el inspector principió á hacer que leyese el silabario. Tan convencidas estaban, sobre todo las mayorcitas, de que era aquella una prueba peligrosa para su maestra, que el miedo obscurecía su vista y entorpecía su lengua, y en sus manitas temblaban los silabarios. A cada tres palabras decían un desatino, y á cada desatino el alcalde y los concejales cambiaban entre sí una mirada de satisfacción.

La tercera niña se detuvo en medio de su lectura, y rompió á llorar.

La maestra hizo un movimiento de desesperación.

—Atrasados estamos—dijo el alcalde.

—No podemos juzgar bien—respondió el inspector en tono conciliador.—Es evidente que nos hallamos en presencia de un caso de terror pánico que turba las facultades de las niñas. Es preciso ver...

Y procuró animar á la muchacha.

—Vamos, rubita, un poco de valor. ¡Eh, qué demonio! Un inspector no es el coco. Yo quiero mucho á las niñas. ¿De qué tienes miedo? Vamos, vamos, se trata de honrar á la maestra.

La muchacha se rehizo un poco, y terminó balbuceando. Las demás, bien que mal, leyeron.

—No están tan mal—dijo el inspector,—no están tan mal. No se pueden exigir milagros. La maestra ha estado mala, ¿no es cierto?

Ella hizo señal afirmativa.

—Hemos tenido un invierno de muchas nieves—prosiguió el inspector;—habrá habido algunos días de interrupción por las nevadas.

—Once—dijo la maestra.

—Entonces... entonces...—exclamó el inspector, yendo de acá para allá, desde la comitiva formada hasta los primeros bancos;—son cosas todas que es necesario tener en cuenta.

Después de esto, examinó los cuadernos y sacudió la cabeza en señal de aprobación. Después dijo alegremente:

—¡Oh! Y ahora, ¿qué tenemos que hacer?

El superintendente, sacando su barbilla de la papada, refunfuñó:

—¿Recitar algo de memoria?

—¡Oh! Eso no. Es cosa de papagayos—contestó el inspector;—no soy aficionado á eso.

El delegado sonrió bajo sus bigotazos y acarició con una mano su erizada barba.

El superintendente dijo:

—¿Un poquito de geografía?

—No hay geografía en la primera inferior—replicó el delegado, dirigiéndole una mirada de reojo que significaba claramente: «¡Chúpate esa y vuelve por otra!»

El inspector hizo que sacasen una cuentecilla de sumar en la pizarra, y dos de las mayores lo hicieron.

—¡Muy bien, muy bien!—dijo él entonces.—Es bastante hacer... Esta rubilla es un capullo de rosa. Me parece que no nos queda nada por ver.

El alcalde bramaba.

—Sin embargo—dijo, no pudiendo contenerse;—páreceme que alguna otra pregunta...

—¿Pero qué preguntas quiere usted hacer?—respondió el delegado, impaciente por marcharse; ¿no ve usted que estas niñas tienen un temblor que no pueden estar en pie? Vamos á enviarlas á sus casas con calentura, de fijo.

—Yo también diré—agregó el inspector acariciando la barba de la chiquilla más pequeña,—que se ha hecho lo bastante. Y usted, señorita, que tiene trazas de reirse de todo el mundo, ¿qué nos dice usted, eh, con esos ojillos impertinentes?

Sentóse á la mesita, sacó de su cartera un interrogatorio, y dirigió á la maestra las preguntas de costumbre.

Cuando le preguntó: «¿Qué sueldo?» ella se dió el gusto de tener un momento en ascuas á la autoridad, fingiendo que iba á denunciar la tacañería que hacían de quitarle el pico.

—La retribución—contestó,—sería...—y miró al alcalde, que se mordió los labios. Entonces dijo de pronto: «es de trescientas sesenta y seis pesetas, treinta y

dos céntimos.» Pero lanzó á su enemigo otra mirada, que significaba: «te perdono», y que lo mortificó.

—¿Quejas?—preguntó el inspector.

La maestra sonrió con ironía ligeramenta, sonrisa que llegó á su destino, y contestó después de una pausa:

—Ninguna queja.

Terminó el inspector de tomar sus notas, dirigió á las niñas dos palabras, encargó á la maestra que se cuidase, y salió, dando dos saltos como un colegial. Le siguieron todos. El alcalde y los concejales estaban de ira; pero lo disimularon bien, dirigiendo al inspector por el camino, como suelen hacerlo las autoridades de los pueblos, muchas preguntas para esclarecer casos dudosos de administración escolar; á todas respondió él con perfecto conocimiento de la materia y con prontitud, pero de pasada, como si aquellos discursos, al distraerle de su admiración hacia el pueblo, lo molestasen. Cuando estuvieron delante de la posada, el alcalde y las otras autoridades convinieron en reunirse á las dos para visitar juntos la escuela de las «Casas rojas», después de lo cual se alejaron; y habiendo llegado en este momento el señor Calvi, el inspector le convidó, así como á Emilio Ratti, para que le hiciesen compañía comiendo con él, á fin de cambiar cuatro palabras hasta que llegase la hora convenida. Ambos aceptaron, y los tres se sentaron á la mesa. El inspector charló por los codos y estuvo amenísimo; hizo reir á sus comensales, al posadero y á la criada, con una profusión maravillosa de chascarrillos, sin hablar nunca de cosas de escuela; y tan largo y tan tendido habló, que los dos maestros intentaron lograr que se moviese haciendo además de pagar la cuenta. Pero con gran sorpresa de uno y de otro, y con no menos amargura de ambos, el inspector les dejó pagar, limitándose á decir un «pero permítanme ustedes» y un «no lo consiento» tan débiles, que no les dejaron volver al bolsillo el portamonedas. Bajando después por la escalera, despierto y listo, les detuvo por los brazos y les dijo, á los dos, en voz baja, y guiñando un ojo después del otro:

—«Entrambos» tendrán ustedes una buena ayuda de costas, si se fían de mí.

En la plazoleta estaban esperando el superintendente y el alcalde; éste más encendido que de ordinario, como si hubiese bebido para consolarse del fracaso. El delegado no compareció, con motivo de la gota; el maestro Calvi se despidió porque su mujer estaba en cama, y el inspector se adhirió á Emilio para charlar por el camino. Dos á dos, bajo un sol tibio, encamináronse á las «Casas rojas»; á mitad del camino se les agregó el secretario.

La clase de la señorita Vetti estaba en una casita blanca, distante de la aldea unos doscientos metros, en medio de los prados; casa que un señor del valle, al morir, había legado al Municipio, el cual la había convertido en escuela, haciendo muy poco más que poner en ella una campana y una soga. La clase ocupaba el piso bajo; encima había un cuartito para la maestra y un cuchitril para una pobre vieja á quien el Ayuntamiento pagaba diez pesetas anuales por tocar la campana. Cuando llegó la comitiva, había, atadas á los hierros de la ventana, dos vacas, mirando hacia dentro, donde estaba su guardiana, alumna de la escuela.

Manifestóse el inspector agradablemente maravillado cuando vió venir hacia él la carita pintada y estudiadamente tímida de la maestrita. Llevaba un vestido negro muy ajustado, que hacía resaltar más la blancura de sus mejillas empolvadas, y al cuello una cinta encarnada, que le sentaba admirablemente.

El inspector fué á sentarse á la mesita de la joven, que permaneció á su lado, de pie, cerca de Emilio y del secretario. El alcalde y el superintendente se sentaron al otro lado, en sendas sillitas de paja.

La habitación era espaciosa y blanca. Por encima de la mesita salía de la pared una especie de ménsula adornada con una cubierta de algodón blanco y en la cual descansaba una Virgencita de yeso, envuelta en un velo de tul y coronada por un arco de flores artificiales. Debajo de aquel altarcito había un ramo de oliva pendiente de un clavo. Todo lo embellecía un sol de primavera.

Era una escuela de las llamadas «mixtas», y merecía este nombre, porque no podía imaginarse escuela más mixta que aquélla. En un lado estaban los varones, las hembras en otro; entre todos serían unos veinte; y aunque no debían admitirse alumnos de más de doce años, habíalos grandes y pequeños; entre ellos un zagalón de más de catorce años, casi completamente desarrollado, y tres ó cuatro aldeanillas casaderas, las cuales, al entrar el inspector, buscaron, con los pies desnudos, los zuecos que habían dejado en el travesaño interior del banco. A ojos cerrados habría sido comprendido que era aquella una escuela rural, y no solamente por los olores de hierba que de fuera venían.

—Veamos—dijo con viveza el inspector, frotándose las manos;—hagamos algo. A gusto de usted, señorita, sólo para empezar.

La maestrita mandó que diesen la nomenclatura mímica del cuerpo. Todos los alumnos debían nombrar, con arreglo á un orden establecido, las diversas partes del cuerpo, señalándolas con ambas manos y pronunciando todos juntos la palabra.

Hízose así. El inspector no pudo contener una sonrisa. Era efectivamente cosa cómica el ver aquellas muchachonas, de pechos ya abultados, cantar muy serias aquella nomenclatura, con tono de «niserere», tocándose sucesivamente la frente, la nariz, la boca, las caderas, como chiquillas de un Asilo. Leyeron luego, unos en pos de otros, á su manera, produciendo todo género de entonaciones infantiles, pero conservando siempre la misma pronunciación y la misma cadencia uniforme, como si fuera una sola persona la que leyese, cambiando la voz.

—¡Ya!—dijo el inspector rascándose la barba.—¡Escuela mixta!... Es la escuela más dificultosa. Usted lo sabrá, señorita.

La señorita sacudió la cabeza y refirió sus fatigas, haciendo con la cara y con el cuello toda clase de halagos de tórtola...

—¡Si es difícil! Lo más difícil es tener todas las clases ocupadas al mismo tiempo, y poner al corriente á los que han faltado muchos días seguidos, para lo

cual es necesario retroceder en la enseñanza. Vea usted, por ejemplo: hoy tengo veinte entre alumnos y alumnas; mañana habrá la mitad, pasado mañana el doble, y quizás todas caras nuevas de un día para otro. El problema serio es el de combinar las horas de clase con las de apacentar los ganados. Después de la pastura los chicos están fatigados y no vienen á la escuela. Además, unos tienen libros, otros no los tienen. Mire usted: ni los niños, ni las niñas del primer banco, tienen plumas ni papel.

Los muchachos juegan las plumas en la calle, y las niñas venden el papel. Necesito hacer que casi todos trabajen aquí, porque en sus casas no tienen tintero y les falta tiempo. Por último: aquí hay jovencillas de quince años y niñas de siete, y es preciso enseñar de dos modos completamente distintos, aún á aquellos que se hallan á la misma altura en instrucción. Hay para volverse loca.

Seguía perorando la maestra con su voz flautada, y mantenía atentos al inspector y al alcalde, que la miraban con la boca abierta y con los ojos relucientes, como mecidos por aquella música, y no apartaban la mirada del lindo rostro de la maestra, sino para seguir los contornos de su delicioso talle.

—Bien—dijo repentinamente el inspector, dando una manotada en la mesita como para romper el encanto;— vamos á dirigir algunas preguntas.

La maestra dirigió, en efecto, á varios, preguntas de nomenclatura sobre algunas partes y muebles de la escuela, que los alumnos señalaban uno por uno con los ojos muy abiertos, como para coger el nombre del objeto.

De pronto la interrumpió el inspector, y señalando con el dedo al zagalón, casi hombre hecho y derecho:

—Pregunte usted algo á ese de allá—dijo en són de broma;—aquél de allá tiene aire de saber mucho.

—Pedro Generi—dijo la maestrilla llamándolo y lanzándole una mirada rápida, después de lo cual se puso á mirar de pronto á otra parte.

El muchachón se levantó, y aunque tenía rostro atezado de ladronzuelo de caminos, se puso encendido como una amapola hasta lo blanco de los ojos.

Esto pareció muy extraño á Emilio, y al inspector también; ambos notaron en la maestra cierto disgusto, que ella procuraba disimular sonriendo. También se sonreía el secretario, mirando fijamente al suelo.

El inspector no oyó ni las preguntas ni las contestaciones, cuidándose únicamente de observar, ya á la maestra, ya al muchacho; y cuando éste se sentó, quedóse el inspector un poco pensativo, y se rascó la barba. Después se dirigió á la joven, con los ojos más relucientes que antes, y tomó la pluma para formular las preguntas usuales. El alcalde y el superintendente se levantaron, adelantándose para ver y oír.

—¿Edad de la maestra?—preguntó el inspector con galantería.—A usted puede preguntársele esto en voz alta.

La maestra contestó con acento suavísimo:

—Veintitrés.

—¡Veintitrés!—repitió el inspector lentamente, como para saborear el vocablo; y dirigiendo á la maestra una mirada de felicitación, escribió la cifra.

Preguntó los años de servicio, la retribución, si había recibido gratificaciones, y después:

—¿Está usted propuesta para ellas?

—No lo sé—contestó.

—¿Quejas?

—Ninguna tengo que dar—dijo.

Faltaba todavía una pregunta. El inspector adoptó una expresión voluptuosa y preguntó con tono insinuante y apagando la voz:

—¿Deseos?

El alcalde, y también el superintendente, «el de la papada», alargaron los labios, como chicos golosos, y clavaron en la cara de la maestra sus cuatro ojos brillantes.

La joven bajó la vista, y con una coquetería adorable, respondió casi suspirando la palabra:

—Ninguno.

A las tres autoridades les caía la baba.

—Pues bien—dijo el inspector suspirando,—escribamos: «Ninguno».

Y cuando estuvo fuera con su acompañamiento, prorrumpió en exclamaciones de admiración:

—¡Oh! ¡Qué apetitoso bocadito de maestra! ¡Qué delicia de muchacha!

Se dejó llevar de su entusiasmo hasta felicitar por aquel tesoro al alcalde, dándole palmaditas en la espalda, en tanto que éste procuraba dar á su fisonomía una expresión de complacencia discreta que pretendía al mismo tiempo esconder y dar que sospechar «alguna cosa». Así terminó aquella visita de inspección tan esperada.

Emilio no logró, hasta varias horas después, satisfacer, gracias al secretario, la curiosidad que lo mortificaba. ¿Qué significaba aquel rubor del muchachote de la escuela y el sobresalto de la maestra, que el inspector también había observado? En eso debía de haber algún misterio. ¡Vaya si lo había! Aunque en realidad no era misterio. Aquel holgazanote estaba enamorado como un borrico y celoso en tales términos, que la emprendía á patadas con sus compañeros grandecillos cuando la maestra los elogiaba. Habíalo dado á conocer al principio dedicándose á robar frutas y legumbres para regalárselas á la maestra; pero ella lo había rehusado todo. Después, una tarde, cuando ya anochecía, habiéndola encontrado en un sendero, fingiendo estar desesperado y pedirle perdón por sus robos, le había comido á besos el delantal. Habíale expulsado de la escuela; pero luego se le había admitido de nuevo. Hacía ya tiempo que permanecía quieto; pero enamorado siempre y tratando con gran empeño de hallar el modo de volver á la gracia de la maestra. Su mayor tormento era cierto maestro de Azzorno, joven mu guapo, que iba de vez en cuando á rondar por aquellos sitios y que en algunas ocasiones acompañaba á la señorita Vetti. El zagalón andaba diciendo que deseaba hacer al maestro un agujero en la barriga.—Y sería capaz de hacerlo, dijo el secretario al concluir, si no le tuviese miedo. Es un enamorado que repugna. La maestra fingió no advertirlo. Únicamente procura no tenerle cerca cuando va á corregir á los bancos: se comprende. Prescindiendo de estas majaderías, dicen que ese mico tiene talento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEOA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

NUEVO PERSONAJE

Dos meses después se verificaron los exámenes, los cuales no dieron gran cosa que pensar á Emilio; por más que el alcalde, que asistió á los verbales, después de haber tenido un altercado con la señora Falbrizio, mostrara también con él un poco de malhumor, acaso porque le parecía que el maestro trataba algo demasiado á su enemiga. Principiaron, pues, las suspiradas vacaciones. La situación de la caja no permitió aquel año al maestro hacer su acostumbrado viaje para visitar á su hermana y á sus hermanos; pero tuvo una compensación al ver que la colonia veraniega no era numerosa, y sí poco unida y menos aficionada á fiestas que la del llano, donde como la naturaleza no ofrece diversiones y el calor prolonga el alejamiento de la ciudad, es necesario buscar distracciones en el alboroto de la compañía. Aún así, aquellos pocos expedicionarios le causaban enojo, porque al verlos sentía abrirse las heridas, ya cicatrizadas, de su orgullo, y cuando desde lejos columbraba, por el camino del pueblo, los colores brillantes de un traje de señora, torcía por una callejuela cualquiera como si viese aparecer á un antiguo ofensor, pero no sin cierto sentimiento, pues le duraba siempre aquel deseo casi instintivo de elevarse y de hacerse estimar en una clase superior á la suya. Un acontecimiento imprevisto vino á llevarlo, casi por fuerza, en medio de la gente de la que con tanto empeño huía.

Hallábase Emilio en su habitación una mañana leyendo un resumen de las «Conferencias pedagógicas»

de un inspector; conferencias que el señor Calvi le había prestado, cuando llamó á la puerta y se le presentó, con la mayor cortesía, un caballero como de unos cincuenta años, de semblante inteligente y fino, y á quien le pareció haber visto ya en otras ocasiones.

—¿El maestro señor Ratti?—preguntó con cierta cordialidad juvenil, en que no había ni sombra de afectación.—¿Usted no me conoce?

El maestro no le reconocía, efectivamente. Era, sin embargo, un concejal del Municipio que había estado dos veces en Altarana durante el invierno anterior, cada vez por veinticuatro horas. Díjole con agradable desenfado el por qué de su visita.

—He venido aquí á pasar el verano; oigo decir: hay un maestro joven; digo: visitemos al maestro joven; hablaremos de cosas de escuelas, y aquí me tiene usted. No haga caso del procedimiento algo extravagante. Soy así. Tengo la iniciativa brusca. Me siento sin ceremonia.

Emilio se quedó un poco asombrado, tanto de la afabilidad de aquel caballero, cuanto de su manera de presentarse; de pronto echó de ver cierta disonancia que había en aquel rostro entre la bondad que expresaban sus ojos y la ira que demostraban sus labios. Tenía la apariencia de un hombre que abrigase, por su natural, sentimientos nobles, y expresara, por costumbre, perversidades: bueno de corazón, escéptico de juicio, como hay tantos otros. De todas maneras, el maestro comprendió desde luego que estaba en presencia de una persona muy superior en educación y en inteligencia á todas aquellas con quienes estaba obligado á vivir. Manifestóle, pues, su agradecimiento y le preguntó de qué modo y en qué podía servirle.

—Charlando—respondió con amabilidad el caballero.—No puede pedirse á un hombre mejor servicio en estas soledades. También soy yo medio maestro, por el entusiasmo con que me dedico á los problemas de la enseñanza elemental. Una de las muchas razones que tengo para deplorar el no ser padre, es ésta de no poder estudiar la escuela en mis hijos, que es el mejor, acaso el único medio de estudiarla, para el que

no ejerce el magisterio. Y continuó diciendo que hacia ya algún tiempo se sentía inclinado á tomar un muchachillo del campo, de buena voluntad y de talento, y hacerlo estudiar para seguir, paso á paso, la transformación moral é intelectual que operarían en él la instrucción y la educación civil, y el cambio progresivo, por decirlo así, del horizonte de la vida.

Hízole notar Emilio Ratti que ese estudio podría decirle poco, no habiendo sino cuatro años de enseñanza.

—Cuatro años son ahora un cuarto de siglo—respondió el concejal; y prosiguió sonriéndose.—Si en Italia se hubiesen dedicado durante cuatro años á un estudio todos esos que dicen, y además imprimen, que han «consagrado toda la vida», ó «gastado lo mejor de su juventud», ó «sacrificado su salud», seríamos la nación más sabia del mundo.

Después le preguntó, sin tomar aliento:

—Y usted, ¿cómo vive aquí? ¿Con quién habla? ¿Qué medio ha encontrado para matar el fastidio?

Y esperando la contestación, encendió un cigarrillo. Seducido por aquella familiaridad, el maestro le dijo francamente que la única persona que le había parecido un poco culta, era el cura; el cual le había recibido de aquel modo extraño y con aquella brusca profesión de fe. Le manifestó su duda. No le había parecido un creyente ardoroso y sincero; habiale producido, no obstante, la impresión de un hombre profundamente convencido de las ideas que relativamente á la escuela había expuesto.

—¡Ah! ¡El señor Barca!—exclamó el concejal.—Tiene usted excelente olfato, maestro. Ese no cree ni en Dios ni en el diablo. Pero... ¿ve usted? Pertenece á una categoría especial de curas honrados, los cuales no creen en nada, pero están honradamente convencidos de que la falta de creencias conduce el mundo á la disolución. No tienen fe; pero creen en la necesidad de la institución religiosa, á la cual no ven que el liberalismo incrédulo haya encontrado todavía sustitución, y sostienen sinceramente que es obligación de hombres buenos, y de patriotas, defenderla y hacerla prevalecer para bien de todos. De éstos hay á milla-

res. Pero ¡bah! si hasta en el campo de los liberales, ¿quién podría contar los incrédulos que por la razón misma recomiendan la educación religiosa y confían sus hijos á los sacerdotes, ocultándolo si pueden? Pero los sacerdotes, á lo menos, tienen una idea firme y clara en lo que respecta á la educación. Dicen: «La religión que nosotros queremos es ésta.» Los incomprendibles son los educadores laicos, escritores, tratadistas de pedagogía, y otros embaucadores que—careciendo de conciencia y de valor para afirmar rotundamente como los curas—predican el «sentimiento religioso, la religión, la fe» y no sé qué más, sin otra cosa. ¿Pero qué fe? ¿La de San Francisco de Asís, ó la de José Mazzini? ¿O la vuestra? ¿Y cuál es la vuestra? ¡Como si con los niños y con el pueblo, en materia de religión, se pudiese obtener resultados imaginando poesía vana, sin afirmaciones precisas, sin dogma, en una palabra! La «fe», así, como si se dijese: un poco de aire saludable. ¡Ah, embusteros!

Levantóse al decir esto, y lanzando al aire bocanadas de humo, se aproximó al estante y se puso á mirar los libros, como si estuviese en su casa. Ofreció que prestaria algunos al maestro. Podría darle, entre otras cosas, una colección de periódicos profesionales que le había legado un hermano suyo, maestro, muerto hacía un año; colección en la cual hallaría el maestro cosas muy útiles, y hasta entretenidas. Después le preguntó:

—A propósito: ¿ha venido ya la maestrita nueva?

El joven contestó que no, y que no llegaría hasta últimos de Septiembre; y, para animar la conversación, le reveló el secreto de los retratos, que había arrancado á su compañero de mesa.

El concejal lo sabía. No había querido, sin embargo, mezclarse en aquel asunto. En su concepto, los concursos eran una cosa ridícula, cuando no eran una bribonada. Una veintena de infelices maestros ó maestras, engañados por el cimbel de un anuncio de concurso, gastaban cinco ó seis pesetas en correo, en papel sellado para enviar al Ayuntamiento títulos, certificaciones de buena conducta, de buena salud, y quizá hasta el retrato; y sucedía después muy frecuentemen-

te que el nombrado lo estaba ya desde el principio, un amigo del alcalde, un recomendado del provisor, un protegido del inspector de instrucción pública, ó un deudo del diputado por el distrito.

—Ahora—prosiguió,—piden también las fotografías de las maestras. Tanto valdría que publicasen en la cuarta plana de los periódicos: «Se desea una muchacha bonita, de estas y las otras condiciones, para servicio del Ayuntamiento.»

—¿No ve usted cómo van, de año en año, elevando las exigencias? Ya hay pueblecillo que quiere el maestro soltero y sin familia, y que no pase de treinta años, y dicen que darán la preferencia al que haya cursado un año en el Instituto, ó conozca el francés, ó el alemán, ó el dibujo de adorno, ó posea una asignatura de ciencias físicas ó químicas. El año pasado un Municipio quería un maestro que supiese tocar el piano y tuviese buena voz. No sé si agregaría, como circunstancia «sine qua non», que hubiese cantado en el teatro de la Scala. ¡Todo esto por setecientas pesetas al año! Seamos justos: es querer las cosas de balde. Ahora veremos á esa «hermosura». ¿Cuántos años tiene?

Emilio se lo dijo:

—Veinticinco.

—Fíjese usted bien—siguió diciendo el concejal.—Usted se habrá formado ya una idea, ó no tardará en formársela. ¿No ha tenido usted todavía ningún choque? Le deseo de todo corazón que nunca lo tenga. Pero sabrá que la Administración está en manos de un hato de marmitones y de carreteros. Ya habrá usted visto aquellas caras. Sin embargo, parecen casi hombres como los demás, cuando las cosas van á su gusto. Pero pruebe usted á raspar un poco la piel de cualquiera de ellos. ¡Querido maestro, usted es joven; no puede conocer el mundo viejo, ni el nuevo! Habrá usted oído hablar de la aristocracia ya enmohecida, de los semidioses terrestres que trataban á los hombres como seres de una raza inferior. Pues aquello era exquisito si lo comparamos con la soberbia de los vaqueros encumbrados. Aquéllos, al menos, despreciaban solamente á la gente de abajo. Estos, en

cambio, escupen abajo, arriba, alrededor, y son invariablemente orgullosos, dominantes y mal criados con todas las clases sociales.

Pero aquí se interrumpió de pronto, como si estuviese arrepentido de haber endilgado aquella catilinaria en la primera conversación, y recobró su tono alegre para rogar á Emilio que le visitase, en su casa, un «hotelito» amarillo, emplazado en lo alto del pueblo, hacia el lado de las «Casas rojas», donde no encontraría más que á su mujer, y tomarían juntos el café, y le volvió á la boca las palabras de agradecimiento, poniéndose el dedo bajo la nariz, con un gesto amistoso para imponerle silencio.

—¡Envíe usted á recoger la colección de periódicos profesionales!—le gritó desde la escalera.

LOS HUMILLADOS DEL LUGAR

La cordialidad natural de aquel caballero y la simpatía que había manifestado sentir hacia los maestros, no parecieron á Emilio motivos bastantes para explicar la espontaneidad de la visita y la cortesía de la invitación. Estuvo, por consiguiente, un buen rato pensando qué otras razones podrían existir para eso. Pero no halló ninguna satisfactoria, ni podía hallarla. Habría necesitado, para encontrarla, conocer una clase particular de hombres—clase á la que pertenecía su nuevo amigo—y que podría ser denominada la de «Los humillados del lugar». Era éste un abogado, natural de aquel pueblo, muy rico, que residía en Turín, donde hacía bastantes años que no abogaba, dedicándose á estudios libres de Derecho, en los que se había creado un nombre con la publicación de varias obras, que los periódicos científicos habían maltratado ferozmente, pero sin que consiguieran matarlas. Aficionado, como era, al estudio intelectual solitario, había ido—terminado el ejercicio legal, para trabajar más tranquilo—á pasar cada año seis meses en el pueblo, donde sus paisanos le habían llevado, casi por fuerza, primeramente al Ayuntamiento y después á la alcaldía. Allí había sostenido luchas terribles contra el partido, como él lo llamaba, de la demagogia montaraz, el cual partido demagógico había logrado, por fin, derribarlo, sin gran sentimiento suyo, porque se había ya cansado del oficio mucho antes de dejarlo, y cansado

La novela de un maestro—Tomo I—16